

CAPÍTULO XIV

LOS ESCRÚPULOS DE LAMPOURDE.

Un esfuerzo podrá el lector imaginarse el furor de Vallombreuse después de su frustrada tentativa contra la virtud de la hermosa Lamourde, tan oportunamente por la intervención de los amigos.

Cuando el duque entró de nuevo en su palacio, el aspecto de su semblante, pálido de concentrada rabia, hizo dar un salto con diente á sus criados y correr por su cuerpo sudor de agonía, pues la crueldad natural de aquel se entregaba en semejantes exasperaciones, á arrebatos perniciosa, de los que era víctima el primer desgraciado con quien tropezaba.

Si cuando estaba de buen humor Vallombreuse no era señor de afable trato, cuando estaba enojado, más lo era para valido á sus criados encontrarse cara á cara, sobre el umbral de un barranco, con un tigre hambriento.

Cerró el joven duque tras sí las puertas que se abrían á su paso con tal violencia, que saltó el dorado de sus adornos y estuvieron á pique de salir de sus goznes.

LOS ESCRÚPULOS DE LAMPOURDE.

CAPÍTULO XIV.

LOS ESCRÚPULOS DE LAMPOURDE.

Sin esfuerzo podrá el lector imaginarse el furor de Vallombreuse despues de su frustrada tentativa contra la virtud de Isabel socorrida tan oportunamente por la intervencion de los cómicos.

Cuando el duque entró de nuevo en su palacio, el aspecto de su semblante, pálido de reconcentrada rabia, hizo dar diente con diente á sus criados y correr por su cuerpo sudores de agonía, pues la crueldad natural de aquel se entregaba, en semejantes exasperaciones, á arrebatos neronianos, de los que era víctima el primer desgraciado con quien tropezaba.

Si cuando estaba de buen humor Vallombreuse no era señor de afable trato, cuando estaba incomodado, más les hubiera valido á sus criados encontrarse cara á cara, sobre el puente de un barranco, con un tigre hambriento.

Cerró el jóven duque tras sí las puertas que se abrian á su paso con tal violencia, que saltó el dorado de sus adornos y estuvieron á pique de salir de sus goznes.

Una vez en su aposento, Vallombreuse arrojó con tanta fuerza su sombrero contra el suelo, que la horma quedó aplastada y rompióse la despeluzada pluma.

Para proporcionar un poco de aire á su furia, abrióse el jubon sin parar mientes en los botones de diamantes que saltaban á derecha y á izquierda sobre la alfombra con el ruido de guisantes sobre un tambor. Los encajes de su camisa no fueron pronto, bajo las contracciones nerviosas de los dedos del jóven, más que un estropajo, y de un puntapié tumbó patas arriba un sillón que habia encontrado en sus paseos coléricos por su aposento, pues hasta en los objetos inanimados desahogaba su ira.

—¡La insolente!—exclamó presa de arrebató,—me dan ganas de hacerla prender por alguaciles y arrojarla al fondo de una mazmorra de donde no saldria sinó afeitada y azotada para ir al hospital ó á algun convento de jóvenes arrependidas. La órden no me seria difícil obtenerla; pero no, estas persecuciones no harian más que fortalecer su constancia, y su amor por Sigognac aumentaria á compás del odio que por mí sentiria. Mas ¿qué hacer?

Y continuó su paseo furioso de un extremo á otro del gabinete como una fiera por su jaula, sin fatigar su impotente rabia.

Mientras el duque se agitaba de esta suerte, sin fijarse en que se deslizaban las horas, que pasan siempre con igual compás, estemos contentos ó coléricos, la noche habia llegado, y Picard, aun cuando no le hubiesen llamado, tomó sobre sí el entrar y encender las bujías, no queriendo dejar á su señor que se entregase á la melancolía en medio de la oscuridad, madre de los humores negros.

En efecto, como si las luces de los candelabros le hubiesen despejado el intelecto, Vallombreuse dejó de pensar en el amor de Isabel, pero en cambio acordóse del odio que sentia hácia Sigognac.

—¿Pero en qué consiste que ese condenado hidalguillo no

haya sido todavía despachado al otro mundo?—dijo Vallombreuse deteniéndose de repente;—sin embargo yo habia dado la órden formal á Merindol de matarlo él mismo ó por medio de algun otro maton más hábil y más valiente si él no se veia capaz. Muerto el perro muerta la rabia, por más que diga Vidalinc. Sigognac suprimido, Isabel queda á mi discrecion, estremecida de terror y desligada de una fidelidad desde entonces sin objeto. Sin duda la cotorrera halaga á ese belitre con la idea de inducirle á que se case con ella, y esta es la razon por la cual se entrega á esos dengues de pudor hircaniano y de virtud inexpugnable, rechazando el amor de los duques más apuestos como si fuesen unos pelones. Sola, pronto la sojuzgaré, y cuando no, al ménos me habré vengado de un audaz que me ha herido en el brazo y á quien encuentro siempre como un obstáculo entre yo y mi deseo. Veamos, llamemos á Merindol y sepamos en qué estado se hallan las cosas.

Merindol, llamado por Picard, se presentó al duque, más pálido que ladrón á quien mandan prender, con las sienes empapadas en sudor, seca la garganta y la lengua empastada. De provecho le hubiera sido en aquel angustioso momento tener un guijarro en la boca como Demóstenes, orador ateniense, cuando arengaba el mar, para darse saliva, facilitar la pronunciacion y desarrollar la facundia, con tanto más motivo cuanto el rostro del jóven señor estaba más tempestuoso que mar alguna y que tumulto popular en Agora. El infeliz, haciendo esfuerzos por mantenerse firme sobre sus piernas, vacilantes cual si estuviese borracho, aun cuando de desde por la mañana no hubiese bebido en que ahogar una mosca, sostenia á la altura de su pecho su sombrero al que daba vueltas con idiota empacho, no atreviéndose á levantar los ojos hácia su señor, cuya mirada sentia caer sobre él cual chorro alternativamente de fuego y de hielo.

—Y bien, animal,—dijo bruscamente Vallombreuse,—¿vas á permanecer mucho tiempo plantado ahí con esa cara

patibularia, como si ya te apretase el cuello el corbatin de cáñamo que mereces más aun por tu cobardía y torpeza que por tus fechorías?

—Aguardaba las órdenes de monseñor,—exclamó Merindol remedando una sonrisa.—El señor duque sabe que puede disponer de mí hasta la cuerda inclusive; permitiéndome esta chanza á causa de la graciosa alusion que acaba de hacer...

—Está bien, está bien,—interrumpió el duque;—¿no te habia ordenado que limpiases mi camino de ese Sigognac que me incomoda y me estorba? Que no lo has hecho, lo he visto claramente en la alegría y serenidad de Isabel. En verdad que no vale la pena tener á sueldo perdonavidas para ser servido de esta suerte. Sin que yo tuviese necesidad de hablar, ¿no deberíais adivinar mis deseos en el brillo de mis ojos, en el movimiento de mis pestañas, y matar en silencio quien quiera que me desagrade? pero quiá, vosotros no sois buenos sinó para demostrar vuestro arrojo en la cocina, y no teneis corazon más que para degollar gallinas. Si continuais así, os devolveré á todos al verdugo que os espera, canalla abyecta, malvados timoratos, desmañados asesinos, escoria y vergüenza del presidio.

—Veo con pesar,—objetó Merindol con tono humilde y penetrado,—que el señor duque desconoce el celo, y me atreveré á decirlo, el talento de sus fieles servidores. Pero Sigognac no es una de esas piezas de caza menor que se ojean y derriban despues de algunos minutos de persecucion. Al primer encuentro poco faltó como no me parte la horma de la gorra hasta la barba, y eso que la espada que llevaba era de teatro, es decir mellada y sin punta. Una segunda embestida le halló tan prevenido y tan dispuesto á defenderse, que mis camaradas y yo nos vimos obligados á eclipsarnos sin arriesgar un combate inútil, y que por el socorro que le llegó no podia producir más que un escándalo inoportuno. Como ahora me conoce, y no acertaria á acercarme á él sin que incontinenti llevase la mano á la empuñadura de su es-

pada, me he visto obligado á ir á buscar un espadachin amigo mio, el mejor tirador de la ciudad, que le acecha y le despachará, á pretexto de robarle, á la primera ocasion crepuscular ó nocturna que se ofrezca, sin que, como pudiera acontecer con nosotros que pertenecemos á su merced, el nombre del señor duque pueda en todo eso ser pronunciado.

—El plan no es malo,—respondió con negligencia Vallombreuse algo ablandado,—y quizás vale más que las cosas vayan por este camino. ¿Pero estás seguro del corazon de ese matachin? Se necesita un valiente para vencer á Sigognac, quien, lo confieso, no es cobarde, puesto que ha osado medirse conmigo.

—¡Oh!—replicó Merindol con énfasis y certidumbre,—Jaime Lampourde es un héroe... que tiene malas pulgas. En valor excede los Aquiles de la fábula y los Alejandros de la historia. No es sin tacha, eso no, pero sí sin miedo.

Picard, que hacia algunos minutos que rondaba por el aposento, al ver que el humor de Vallombreuse se habia serenado un poco, arriesgóse á decirle que un hombre de asaz extraña facha pedia con insistencia hablarle de un asunto importante.

—Haz entrar á ese bergante,—respondió el duque;—mas ay de él si me incomoda con majaderías, porque le haré castigar tan duramente que dejará la piel entre la del látigo.

El ayuda de cámara salió á fin de introducir el nuevo visitador, y Merindol iba á retirarse discretamente, cuando la entrada de un singular personage le clavó en el sitio. Habia en efecto para quedar estúpido de admiracion, pues el hombre conducido cerca de Vallombreuse por Picard no era otro que el amigo Lampourde en carne y hueso. Su inesperada presencia en semejante sitio debia hacer suponer algun acontecimiento singular y fuera del alcance de toda prevision;